

Mirta Mabel Acosta, 73 años.

♥ PRESENTACIÓN: “La historia de Justa”

En el marco del abordaje de la temática de nuestra identidad, nuestras historias personales, legados familiares, las integrantes del Taller Mente en Movimiento de los días martes, anexo Club Villa Floresta, se abocaron a preparar, encuadrar en forma escrita y fotográfica desde su historia de vida y presentar en el grupo distintas expresiones artesanales y artísticas que dan cuenta del impacto en sus vidas de las tradiciones, habilidades y valores familiares.

Alentadas a expresarnos por la docente María de los Ángeles, surgieron varios trabajos. Mirta elige compartir su arte a través de la escritura, compartiendo un texto que escribió en torno a la vida de su progenitora.

La historia de Justa

Justa nació en una estancia de Querandíes, hija de E. Díaz y padre desconocido, el 28 de mayo de 1909.

Curiosamente, su madre era morocha y la niña tenía la tez blanca y unos ojos sorprendentemente verdes oscuros.

Junto con el nacimiento, su madre biológica fue expulsada de la estancia, y Justa quedó al cuidado de la “madrina” de la misma. Cabe aclarar que la madrina era la esposa del estanciero.

La niñez y la infancia de Justa transcurrieron como cualquier familia de campo. Nunca sintió diferencias en el trato con sus hermanas de crianza.

Cuando cumplió quince años, le regalaron un hermoso vestido color rosa claro, la peinaron y le tomaron un retrato para guardar un recuerdo.

No sabemos de sus hermanas, pero ella no aprendió a leer ni a escribir.

No sabemos si su madre alguna vez la reclamó; sí sabemos que, cuando fue mayor, tuvo un contacto muy breve con ella.

Cuando la joven Justa asomaba a la vida, llegó a la estancia un arriero con una tropa, y al verla quedó prendado de su belleza y juventud tan fresca, escondida en ese lugar tan lejano.

Debo aclarar que Santos tenía entonces 28 años. El amor nació de inmediato, pero estaba el padrino, dueño de la estancia, quien observó la atracción que Justa despertó en Santos, de manera que le advirtió que no se acercara a la joven.

Santos le contó al dueño de la estancia que sus intenciones eran buenas. Comenzó un noviazgo corto con la presencia de la madrina de por medio. Santos quería casarse; Justa tenía 15 años, de modo que, con las leyes de aquel momento, el padrino firmó una

emancipación solo cuando todos los trámites de casamiento estuvieron consolidados otorgó el permiso para ese enlace.

La boda se realizó por el Registro Civil. Justa lucía un vestido gris oscuro, medias de muselina, zapatos de pequeño taco, y Santos lucía un traje de época con chaleco, cruzado por una cadena ancha sobre su pecho, de donde pendía un reloj típico de la época.

Había comenzado lo que debía haber sido la felicidad. A los nueve meses de casados y ya instalados en la ciudad, Justa daba a luz a su primer hijo.

Con 16 años, sin familia cerca y con un esposo riguroso en costumbres y trato, se dio a la tarea de criar a su pequeño hijo. Pasado el puerperio, quedó nuevamente embarazada.

Con un niño delicado de salud, que con solo nueve meses de vida se fue al cielo de los angelitos, Justa —embarazada y sufriendo— afrontaba el dolor de la pérdida de su hijo, aprender a ser mujer, y tratar de complacer a un hombre hosco, cuyas ausencias se hacían cada vez más largas.

Ella se quedaba solita en su pequeña casa, esperando la llegada de su segundo hijo.

La alimentación de Justa era producto de lo que sus propias manos podían cosechar: una vaca para ordeñar, gallinas, labrar la tierra, y el pan que generosamente una vecina le traía para ayudarla.

Pronto se anunció el nacimiento de su segundo hijo. La matrona del lugar era la encargada de asistir los partos. Entre velas, agua caliente y gemidos, nació el pequeño Alberto.

A Justa se le iluminó la vida: otra vez tenía de quién cuidar. La generosa leche de sus pechos llevó a su hijo a crecer más fuerte y sano.

Llegó el joven a reconocer a su hijo. Vestía con la clásica vestimenta de boyero: bombacha de campo, ojos de perdiz, camisa al tono, pañuelo al cuello sujetado por un anillo pasapañuelo, alpargatas, rastra y un pequeño facón colgando de ella.

Santos fue a asentar a su hijo con dos testigos, como era costumbre en aquel momento.

Hecho esto, permaneció dos días en casa y se marchó nuevamente a hacerse cargo de sus tareas.

La joven Justa lucía un vestido confeccionado por ella, al igual que el ajuar de su bebé: simple, sencillo, puro amor.

Más experimentada, se abocó a la crianza de su hijo y a seguir trabajando en la chacra. Se había agregado una chancha al corral, varias ovejas y un caballo.

De un monte cercano traía leña para encender su cocina económica, la cual contaba con cuatro hornallas, un caldero al costado para calentar agua, y un pequeño horno debajo, donde podía cocinar alguna vez un pollo de los que ella misma criaba.

Así transcurrió año a año la vida de esta joven, quien daba a luz, cada año y medio, un hijo.

Toda esta situación no hizo más que fortalecer el carácter de esta mujer.

Todas las mañanas ataba sus vacas, ordeñaba, luego ensillaba su caballo y la hija de ocho años salía a repartir la leche. Mientras tanto, sus hermanos mayores labraban la tierra, cosechaban todo tipo de verduras, ajos que luego los niños enristraban en medio de risas.

Iban pasando los años, y los días de Justa transcurrían lejos de todo lo que ella llegó a imaginar que sería su vida.

A los 25, Justa tenía seis hijos —cuatro varones, contando al que había fallecido— y dos mujeres.

Cada vez que Santos volvía era una mezcla de alegría y preocupación: seguramente quedaría embarazada nuevamente.

Pasaron veinte largos años. Cuando tuvo a su penúltima hija, Justa casi muere en el parto.

El nacimiento vino complicado, porque la bebé venía de nalgas. Fue la primera vez que Justa dio a luz en un hospital. Luego de maniobras externas por parte del partero, y ya agotadas sus fuerzas, dio a luz a una niña.

Creyó que sería la última vez que pasaría por tanto sufrimiento.

Mientras criaba a sus hijos sola, Justa no solo debió aprender las tareas propias del hogar, sino también a defenderse.

Enterados de su soledad y desprotección, muchas veces le robaban: alguna oveja, una gallina...

Hasta que, cansada de vivir con miedo, le pidió a Santos que le consiguiera un arma. Cuando alguno de los perros —que eran muchos— ladraba por la noche, ya tenía preparado un agujero en la pared por donde sacaba el caño de su revólver 22 y disparaba. Por fortuna, debido a la oscuridad del monte, nunca hirió a nadie.

Cuando los varones llegaron a la edad escolar, fueron a una vieja y hermosa Escuela 24. Allí, junto a la educación, los hermanos compartían aprendizaje y amistad con sus vecinos de chacra. Iban y venían caminando.

Jugaban como chicos que eran, y su manera de hacer corto el camino era con una rueda de bicicleta sin cámara: con un palito en cuyo extremo tenía un arito de alambre, lo enganchaban y rodaban la rueda. Eclipsados por ella, iban y venían sin notar lo largo de las cuadras.

Solo uno terminó la primaria. Luego fueron las chicas. Todas fueron a la escuela, menos Ana, la mayor, que debía quedarse en casa a ayudar con las tareas del hogar y criando hermanos. Vale decir que Ana era la primera mujer nacida de seis hermanos.

Beatriz y Dora terminaron, junto a Julio, el mayor de los varones, la escuela.

Luego llegarían tres hijos más: dos mujeres y dos varones.

En las tardes de verano, Justa ensillaba la yegua, le enganchaba el carro, cargaba a sus hijos y salía a visitar a sus vecinos. También iban al arroyo cercano y disfrutaban del frescor de las aguas, siempre sola en compañía de sus hijos.

Ese era el paseo que más disfrutaban todos juntos.

Uno de los hijos, muy travieso —el “Colorado”, le decían— había heredado los ojos verdes de su mamá. Un día, encontró un cigarrillo. No tuvo mejor idea que esconderse debajo de un pastizal seco que habían juntado para dar alimento a los animales. Allí se dedicó a la tarea de armar un cigarrillo. Estaba feliz fumándose el pucho cuando de pronto vio que una chispa empezaba a incendiar la parva de alfalfa.

Entre todos los hermanos apagaron el fuego y su madre jamás se enteró de ese suceso.

Al crecer, los varones fueron eligiendo su camino. Julio, que había terminado la primaria, se fue a La Plata. Allí terminaría la carrera de policía.

Beatriz y Dora se inclinaron por la enfermería.

Justa no entendía por qué querían estudiar sus hijos... Precisamente para no caer en el mismo lugar que ella.

Pasó la vida. Justa tenía 30 años y nueve hijos.

A esa altura, su hijo mayor tenía 27 años. Quiso irse a vivir a Buenos Aires, a trabajar buscando mejores horizontes.

Lejos estaba Justa de saber que su primogénito se había anotado en un barrio, donde felizmente salió beneficiado con una hermosa propiedad llamada “Barrio Obrero”.

La casa en sí contaba con comodidades que nunca habían conocido: baño adentro, cañerías que llevaban agua y salía por canillas. Lejos quedaba la bomba “sapo”, donde todos estaban acostumbrados a obtener el agua para ellos, la huerta y los animales.

Alberto, el mayor, quien había tenido la dicha de obtener la casa en el barrio, mantenía una relación amorosa con una joven de la localidad.

Ella preparaba su ajuar, esperando el regreso del joven, quien vendría a formalizar su enlace.

Todo era ilusión y proyectos, hasta que la vida nuevamente le mostró a Justa —y a la joven novia— su cara más dolorosa: Alberto, en su última jornada de trabajo, cayó muerto de un infarto masivo, con tan solo 28 años, en el lugar donde realizaba sus labores.

Más allá de la felicidad, todo fue llanto y pesar.

El cuerpo de Alberto llegó trasladado desde Buenos Aires por una ambulancia.

Justa debía remontar otra cuesta muy dura, una de las más difíciles a las cuales una madre se somete.

Antes de aquel luctuoso suceso, Justa aún mantenía su alegría.

Mantenía un carácter alegre, y pese a las dificultades que tuvo que afrontar, vivía la vida con alegría, rodeada de sus hijos, que ya eran hombres y mujeres buenos, trabajadores y honestos.

Había logrado, pese a todo, salir adelante en la vida, y del mismo modo lo había hecho con sus hijos.

Mientras tanto, su esposo había conseguido trabajo como sereno en una cantera.

Atravesaba el duelo de perder a su hijo mayor de la forma más inesperada, y aún le quedaba por criar a una chiquita que contaba con un año, y tres hijos menores más. Justa entonces tenía 44 años.

Sobrevivieron tiempos muy difíciles.

Decidió construir un pequeño kiosco donde vendía todo lo que lograba conseguir: desde golosinas, pan, yerba... era el “polirrubro vintage”. Así estuvo cinco años.

Cambió la política, y con un gobierno radical le pidieron sacar el negocio de allí, ya que lo había construido sobre terrenos fiscales. Pidió, rogó: era su único sustento.

Hasta que un día, una máquina topadora arrasó con todo.

Le prometieron que sería resarcida por lo que había gastado en materiales y mano de obra. Nunca lo logró. Lo único que obtuvo fue un ACV, producto de noches de desvelos pensando cómo afrontar los gastos de una casa que siempre tenía un padre ausente.

Corría el año 1957 cuando Santos perdió la vida en la cantera, a raíz de un infarto.

Tenía poco más de sesenta años y Justa, finalmente, quedó sola con una hija de seis años, otra de once, uno de catorce y otro de diecisiete.

Se repuso de su ACV, aunque una hemiplejía la acompañaría.

Luego sobreviviría dos episodios más. Finalmente, su destino fue una silla de ruedas, luchando contra un destino que siempre fue adverso, y al cual ella siempre le puso el pecho —y algo más.

La menor de sus hijas tenía doce años cuando su mamá ya no podía valerse por sí misma.

En compañía de la más chica, seguía insistiendo y reclamando un resarcimiento.

Cabe aclarar que, al ser su esposo un hombre siempre empleado pero sin aportes de ningún tipo, no recibía pensión ni ningún tipo de ayuda.

Sus hijos se fueron haciendo grandes y se vieron convocados al cuidado de su madre, así como también al sustento económico de la misma.

Su salud se fue deteriorando cada vez más, y un frío mes de mayo —cuando cumplió sus setenta, el mismo 28— partió de este plano, dejando una enseñanza de esfuerzo, resiliencia y trabajo.

Sus hijas mujeres fueron quienes más la imitaron, solo que esta vez la prole se redujo a uno o tres hijos como mucho.

Fueron muchas las Justas de aquel 1900 y pico. Quise rescatar la vida de ella como un homenaje a una mujer que supo hacer su vida de acuerdo a las circunstancias, pero nunca renunciando.

Gracias, mamá.

Corría el año 51, cuando la que sería la última hija de Justa, abriera sus ojitos al mundo.

Fue un nacimiento de la edad adulta, en ese momento Justa contaba con 43 años. Sorteando dificultades creció en medio del amor de sus hermanos, mujeres y hombres de más de veinte años.

La infancia transcurrió feliz hasta los seis años, entre juegos, con amigos del barrio; la hora de la siesta era la elegida para inventar travesuras, éramos felices a nuestro modo, todos iguales en recursos y amor fraternal.

Mirta Mabel acosta